

Reflexiones sobre el encuadre psicoanalítico



LEONARDO PESKIN¹

Agradezco la invitación a compartir algunas reflexiones acerca del encuadre psicoanalítico. El dispositivo que Freud inventó para lograr el abordaje del inconsciente requirió cierto encuadre. Esta creación fue un paso trascendente en la construcción del psicoanálisis. Quizás el encuadre queda como la cáscara del dispositivo, ya que lo que procura es avanzar en la experiencia. Entonces el conjunto de normas, límites y constantes espacio-temporales (honorarios, frecuencia, lugar, duración) que definen ciertas condiciones de la terapia no son más que el marco. Probablemente, la atención parejamente flotante, en interacción con la asociación libre, junto con la neutralidad del analista, ocuparían un lugar distinto al resto de las reglas, pero aun así no deben ser sacralizadas.

Como todos sabemos, a medida que Freud (1912/1976a, 1912/1976b, 1913/1976, 1914/1976) observaba las consecuencias de la aplicación del método, podía profundizar en la teoría del funcionamiento psíquico. A la vez, como excelente experimentador, iba agregando y quitando elementos del dispositivo, por ende, modificando el encuadre. Esto es importante destacarlo: el carácter experiencial y las cualidades que tiene cualquier dispositivo derivan de las consecuencias dinámicas que obligan a hacer cambios. Lacan (1956/1988), en su trabajo de entrada plena en el psicoanálisis, utiliza 51 veces la palabra *experiencia*. También voy a resaltar que

1 Miembro de la Asociación Psicoanalítica Argentina, Buenos Aires, Argentina.
leonardopeskin@hotmail.com

Foucault, que, según Agamben (2014), fue el que más profundizó en el concepto de *dispositivo*, definió de un modo extremadamente amplio su composición y lo orienta a pensarlo como algo abierto, además de advertirnos sobre las intenciones de poder subyacentes y su origen.

Estas características aplicadas al encuadre nos indican que todo encuadre es crear un envase para algo que fluye; si diseñamos un envase muy cerrado, interrumpimos el flujo y anulamos la experiencia. Si el envase es muy abierto, todo se desparrama y también vamos a anularla. Así, se nos abre la búsqueda de la «justa medida», que sabemos que, en cierto modo y para muchos temas, es inhallable como algo estático. Si seguimos algunas ideas, ya clásicas, de que habría un encuadre interno en el analista y otro externo que determinamos como «contrato analítico», nos estamos apoyando en una dimensión inconsciente del analista que lo va a sostener.

Es importante considerar que no hay una inscripción psíquica anticipada de un encuadre psicoanalítico, menos aún con la atipicidad del discurso psicoanalítico, que es muy diferente en relación con otros discursos. Entonces, cuánto dura una sesión, el régimen de honorarios, horarios, vacaciones, asociación libre, etcétera, no tienen una predisposición genética ni figuran en los estándares sociales; por ende, todo proviene de afuera. En realidad, para alcanzar cualquier diseño de trabajo analítico, de «internalización» del encuadre por parte del analizante —es decir, que se creen las invariantes para poder vislumbrar el inconsciente y sus producciones—, tenemos una cuestión preliminar que es que haya entrada en análisis. Es en este punto donde entra a jugar la guía crucial para que todo este proyecto funcione, que es la transferencia. Es la vía por la cual se va a jugar toda alternativa de acceso y de intento de cambio psíquico en un tratamiento. Esto hace que cualquier *setting* que propongamos tenga que estar subordinado al manejo de la transferencia; es crucial lograr la posición del analista y su neutralidad para alcanzar este objetivo. Es decir que el dispositivo con todos sus aditamentos y exclusiones depende del respeto de la «dinámica de la transferencia», que sabemos que no es estática; algunas veces hay que promoverla y otras atenuarla.

Probablemente, el único punto a definir como acuerdo explícito o implícito que se configure es una cita analítica, la cual es en transferencia

y para «trabajar». Curioso término utilizado en este contexto, pero lo introduzco como se plantea el trabajo del sueño o del duelo. En realidad, es más preciso plantear que es un dispositivo dialógico para que pueda facilitarse el trabajo del inconsciente del consultante. Todo lo que hagamos o donde nos encontremos, de modo presencial, virtual, epistolar o por interpósitas personas, debe ser para dar oportunidad al inconsciente del que requiere la consulta. El objetivo es que opere el «discurso del analista» con las menores interferencias; aun así, esta premisa no puede ser sagrada.

Recuerdo el caso de un paciente de origen musulmán que, al plantearse el contrato incluyendo el diván, para acostarse se sacó los zapatos y siempre lo siguió haciendo. Recién muy avanzado el análisis decidí abordar la actitud. Aunque culturalmente era obvia la razón simil-religiosa, terminó siendo la expresión más clara de su padecimiento: el modo de su posicionamiento frente a otro.

Volviendo al origen con relación a lo que se denominaron trabajos de técnica, estos tienen algunas observaciones teóricas que justifican lo que Freud (1912/1976a, 1912/1976b, 1913/1976, 1917/1976) denominó consejos. Algunas propuestas son reconocidas como ajustadas a su estilo, como el uso del diván para evitar sostener tantas horas el frente a frente. Luego se pudo observar que de esa experiencia derivan otras consecuencias, por ejemplo, la vivencia regresiva que promueve, aunque es importante quitarle todo propósito de superioridad del analista contrapuesto a la entrega que supone el acostarse frente a otro. Esto abre el tema del dominio de la dirección de la cura; es importante el papel teórico y clínico que se adjudique el analista.

Como en el ejemplo del paciente que se quitaba los zapatos, reflexionemos sobre el efecto que implica una expresión que le escuché hace muchos años a un analista que se suponía prestigioso: «Yo me siento en la silla turca del paciente». Esta infatuación, diría con humor, *hipofisaria*, congela las consecuencias, forzando una serie de problemas, como mínimo la idealización del analista. Este es un punto vulnerable del dispositivo analítico, aunque hay quienes dicen lo contrario, especialmente cuando está dirigido al análisis didáctico.

Cuando Lacan (1961/1989) habla de la dirección de la cura y de los principios de su poder, no le otorga el poder al analista; diría que el poder

se transforma en posibilidad y es importante que siempre tengamos en cuenta que el oficio de analista configura una de las profesiones imposibles. Cuando imponemos reglas demasiado ortodoxas, en cualquier dirección, incluso si van en contra del encuadre, transformamos en el mejor de los casos el análisis en una psicoterapia, ya que forzamos el acatamiento y lo que opaca el inconsciente. El encuadre incluye el perfil del analista, qué tocar o no tocar de las producciones discursivas o conductuales del que consulta.

En mis experiencias de reanálisis, en estos días en casi todos los casos, es interesante observar lo no analizado en experiencias previas. Algunas cuestiones pueden ser por los diferentes momentos históricos de la vida del paciente, también del analista y de la sociedad con sus permanentes cambios. Pero en más de una oportunidad, como ejemplo, lo no incluido fueron sendos episodios de violaciones nunca comentados por los pacientes e inadvertidos por los analistas. En parte porque no fueron escuchados, pero también porque en ciertos enfoques no se debe preguntar, sino que se toma solo lo que emerge; en otros, surge un vigente temor a la consecuencia social e institucional que eso pueda traer. En ese sentido, el formalismo, el tratamiento en tercera persona del paciente, la ausencia de humor, la ceremoniosidad del encuadre pueden inducir a sostener la supresión, la negación e incluso la desmentida de hechos importantes.

Todas estas cuestiones hacen a «temas técnicos» más que de encuadre, pero es inevitable vincular el tema del encuadre con el capítulo de la técnica en general; consideremos la consigna que podríamos proponer en cuanto a que no hay un saber sobre la técnica, sino acumulación de experiencia. Un hecho notable es la modificación «técnica» que implicó la virtualidad, el teléfono y todas las formas de comunicación virtual. Si bien ya existían hace años, la pandemia las potenció y, diría, las instauró. Recuerdo a un analista que se quejaba de que no le autorizaban el tratamiento de este tipo para el análisis didáctico en países que carecían de didactas y él manejaba el idioma de ese país. Aún hoy se sigue cuestionando y debatiendo la legitimidad de una condición que forma parte de la superestructura, pero no hace a la esencia.

En definitiva, observamos que los encuadres, ya que hay más de uno según las modas y tendencias, se fueron deconstruyendo, o diría, descascarando, por obsolescencia o porque eran ortodoxias que respondían

a cuestiones que se regían por otras éticas. En todo esto se evidencia la injerencia de otra dimensión en lo que hacemos como analistas, que es la política. No me refiero a la política propia del psicoanálisis, que, en definitiva, si la hay, es la de la vigencia del inconsciente. Me refiero a la política en el sentido más vulgar, que es el de las estrategias de manejo del poder institucional o de grupos ideológicos por razones de lo más diversas. Aludo a convicciones en sistemas de creencias cuasirreligiosas en autores o teorías, o formas más viles de conveniencia y aspiración de dominio.

Más allá de juzgar estos vicios típicos de toda organización humana, convengamos que sumamos al imposible de analizar los otros dos imposibles: gobernar y educar. En parte eso puede impedir toda práctica auténticamente psicoanalítica o hacer que, por esta sumatoria algunas veces grotesca, se libere a los analistas a hacer su práctica como puedan o les parezca. Según dice Lacan (1969/2012), el analista no se autoriza sino por sí mismo (p. 327); aunque lo hace con algunos otros, es de los otros de donde puede venir esa interferencia. Estamos cerca de desarrollar los efectos de las supervisiones, que son un tema aparte y central para la libertad del deseo del analista y del supervisor.

Lo que sí es interesante, en definitiva, es saber si, más allá del dispositivo y el encuadre, hay análisis. Esto abre el verdadero problema: la existencia de análisis no se verifica por el cumplimiento de formalismos. Verificar o validar si hay o hubo análisis es mucho más dificultoso y debatible. Quizás por eso nos quedamos discutiendo métodos y lo tangible de un encuadre, ya que lo otro hasta es difícil de definir. Lo que tenemos que evitar es que se produzca la famosa frase de los cirujanos: «La operación fue un éxito, pero lamentablemente el paciente murió». Nosotros diríamos: se analizó muchos años con el uso del diván, con una alta frecuencia, sesiones de 50 minutos y «bajo» supervisión, pero su padecimiento no se modificó o empeoró.

Aquí tendríamos que destacar algunos pasos para que haya análisis. El primero es la condición que da alguna posibilidad, que es la instalación de la transferencia. La transferencia como disposición está implicada en todo vínculo; en este caso, debiera sufrir esa transformación que Freud (1914/1976, 1917/1976) denominó «neurosis de transferencia», que interactúa con la demanda de análisis (Lacan, 1961/1989). Esto indicaría

que los síntomas que pueden atenuarse se deslizaron a esta forma particular de vínculo con un analista. En algunos casos se trata de pasar de una demanda común, que se refiere más al amor, a esto que se propone como demanda de análisis: el deseo de analizarse. En general, ambas conviven, pero conocemos los riesgos del amor (Freud, 1913/1976; Peskin, 2015).

Este paso, desde la perspectiva de Lacan (1987/1973, 1961/1989), se teoriza como entrada en análisis, y queda testimoniado por producciones del inconsciente que emergen y, desde nuestra perspectiva, se ofrecen a ser analizadas. La propia transferencia es una producción del inconsciente, pero tal como queda claro en *Inhibición, síntoma y angustia* (Freud, 1926/1976), por esa vía «resistencial» se van montando el protagonismo del Superyó y del Ello. Este grado de sinceramiento del conflicto daría alguna oportunidad de cambio que equilibre el desajuste que trajo al que consulta al análisis (Lacan, 1961/1989, 1992, 2006; Peskin, 2024).

Algunas veces es necesario lo denominado como vacilación calculada de la neutralidad, que es una herramienta junto con algunas otras de la seducción bajo el amparo de una ética: la de analizar. Algún sentido del encuadre, quizás razonable, es que ayuda a soportar las tormentas que estos montajes vehiculizan por el cauce de la transferencia. Consideremos que poder soportar las irrupciones pasionales hostiles por la activación conflictiva del análisis requiere la consistencia de la posición del analista, pero esencialmente la firmeza ética elástica de sus actitudes y actos. Esto roza la hipótesis de Bleger (1967) de que en el encuadre se ubican los aspectos más desorganizados, lo que nos plantearía que sus parámetros simbólicos acotarían, en una perspectiva lacaniana, las tendencias imaginarias y reales desanudadas.

Se trataría de conducir un velero con todos los aparejos, mástiles y velas, con las habilidades de maniobra para que la embarcación no se hunda y no retroceda. La nave es el encuadre, pero su única función es poder atravesar las adversidades para llegar al último paso, que es el puerto: el controvertido final de análisis. Ese sería el momento de desmontar todo este artificio, que es una verdadera tramoya escénica para permitir un cambio psíquico. Aprovechemos para afirmar que gran parte de los aparejos de este velero metafórico lo aporta la pulsionalidad del analizante. El analista ni siquiera es el capitán; a lo sumo, es el timonel.

Así nos vamos acercando a algunas paradojas. El encuadre como algo secundario, como cáscara, como supraestructura cambiante, formulado para ser traicionado, o al menos atacado, tanto por el paciente como por el analista (llegadas tarde, silencios, encubrimiento y mentiras, problemas en cumplir con los pagos, etcétera), una tramoya teatral con ribetes jurídicos de pacto o contrato. Sin embargo, es esencial para la travesía que es el análisis. El analista se supone que estaría entrenado para no claudicar o sostener al máximo las consignas disponiendo de una herramienta válida, que es el «deseo del analista».

Para emprender algunos comentarios finales, voy a referirme a lo que fuimos viviendo en los últimos 60 años con relación a este tema. Lo testimonio como protagonista (cuatro experiencias de análisis) y espectador de las transformaciones que hemos experimentado. Al comienzo, en los años 60, pocos se salvaron de la rigidez que trajo la escuela kleiniana, con más precisión, de algunos poskleinianos. Silencio, poco afecto, inmediato uso del diván, cuatro veces por semana, 50 estrictos minutos, interpretación sistemática del aquí y ahora y conmigo. Nada se podía cambiar del encuadre, las sesiones no se reponían y siempre se pagaban, duraban el tiempo cronometrado, las vacaciones eran en febrero e inamovibles, si se alteraban por el paciente se pagaba como si concurriera y los pagos eran del 1 al 5 de cada mes. Sabía de exigencias de pago adelantado de las sesiones y pago de las vacaciones del analista. Todo esto bajo una especie de premisa de asepsia del campo para que fuese al servicio de modificar las fantasías inconscientes de crueles ataques al analista. Recuerdo un ejemplo entre grotesco y patético de un obediente paciente que pidió ir al baño dado sus problemas prostáticos y no era autorizado, la intención parecía dominar la vejiga con interpretaciones inculpantes de ataques urinarios al analista.

No obstante, siempre hubo algunas excepciones de fidelidad clandestina a Freud. Entiendo que eso nos salvó bastante, porque, a pesar de todo esto, los análisis funcionaban pero gracias a esa excepcionalidad transgresiva latinoamericana. En los 70 hubo, junto con el retorno a Freud, una modificación que permitió retornar al inicio local de los pioneros que eran freudianos y, en alguna medida, nunca dejaron de serlo. En los 80 apareció otra ortodoxia francesa poslacaniana; de nuevo los afectos no

fueron el tema. Las sesiones eran más desordenadas, de tiempos breves, una rara aplicación de los «actos psicoanalíticos» con muchos misterios, y especialmente, de nuevo, la exacerbación de la idealización del analista y los líderes intelectuales.

Por suerte, a partir de los 90, nuevamente nos fue salvando nuestro escepticismo transgresivo local. Siempre que nos fuimos apartando de los estándares, aunque fuese de un extremo u otro, surgían críticas y castigos. Parte del problema siempre fueron algunos gurúes circunstanciales que, al modo de portadores de la verdad, dominaban la escena, especialmente de las asociaciones psicoanalíticas de diferentes tendencias. Tengo la impresión de que, dado el desarrollo del pensamiento local menos dependiente del norte —sea inglés, francés o sus resurgimientos norteamericanos—, hubo una modificación de los encuadres estereotipados. Es más, se habla menos de eso y más de cómo pensar a los pacientes, y menos de si está en el diván o si es virtual, o bajo formas mixtas, en instituciones u hospitales.

Así, el resto de los encuadres tradicionales solo son temas frente a obstáculos (ausencias, falta de pago, incumplimientos ligados a *acting out*, etcétera). No obstante, sin un encuadre no hay posibilidad de trabajo analítico; sin embargo, en buena medida se tiene que ajustar al estilo y las posibilidades del paciente, así como a las habilidades y el estilo del analista. Si observamos nuestro trabajo en cuanto a las modalidades de encuadre, aun teniendo uno más habitual, veremos que se modifica en función a la relación con el paciente. El encuadre es como un traje a medida, ajustado al cuerpo del que lo va a vestir. Todas las variables dentro de un mismo formato se acomodan de otra forma y es bueno tener en cuenta por qué varían los parámetros; tal como plantea Bleger (1967), el propio encuadre es objeto de análisis. Incluso, desde cierta perspectiva, también para eso está: según se altera o incumple, es como se pone en evidencia la modalidad del sujeto.

Resta el problema del lado del analista: la contratransferencia y las alteraciones del encuadre que provienen de él. Es un capítulo muy amplio que por razones de extensión no vamos a profundizar. Muchas veces son claudicaciones del deseo del analista u otros involucramientos de la neurosis; eso puede ser muy problemático si no asume su responsabilidad. Curiosamente, los pacientes en los «buenos análisis» soportan muchas

incidencias de los yerros de los analistas, ya sean estos excesos de puntillidad o mañas neuróticas y otras inescrupulosidades. Esto nos lleva a un tema más complejo e interesante que el encuadre: es como el que se arma en una pareja cualquiera con cierta armonía que permita dedicarse a otra cosa —en este caso, la tarea analítica—, en lugar de obsesionarse por los desajustes formales vinculares. Sin embargo, el sentido ético de esta pareja es únicamente dedicarse a la tarea de lograr un cambio psíquico del que consulta, operando sobre el inconsciente y más allá, sobre la pulsión, sosteniendo el discurso del analista, consigna que nunca se tiene que abandonar (Lacan, 1992; Peskin, 2004). El encuadre adquiere sentido axiomático para afrontar las indignaciones resistenciales, transferencia hostil, tanto del analizante como del analista. ♦

REFERENCIAS

- Agamben, G. (2014). *¿Qué es un dispositivo?* Adriana Hidalgo.
- Bleger, J. (1967). Psicoanálisis del encuadre psicoanalítico. *Revista de Psicoanálisis*, 24(4), 241-258.
- Freud, S. (1976). 27.ª conferencia: La transferencia. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 16, pp. 392-407). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1917).
- Freud, S. (1976). Inhibición, síntoma y angustia. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 20, pp. 71-164). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926).
- Freud, S. (1976). Recordar, repetir y reelaborar (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, II). En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 12, pp. 145-157). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914).
- Freud, S. (1976). Sobre la iniciación del tratamiento (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, I). En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 12, pp. 121-144). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1913).
- Freud, S. (1976a). Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 12, pp. 111-119). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1912).
- Freud, S. (1976b). Sobre la dinámica de la transferencia. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 12, pp. 97-105). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1912).
- Lacan, J. (1987). *El seminario. Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, 1964*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1973).
- Lacan, J. (1988). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En *Escritos 1* (pp. 227-310). Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1956).
- Lacan, J. (1989). La dirección de la cura y los principios de su poder. En *Escritos 2* (pp. 565-626). Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1961).
- Lacan, J. (1992). *El seminario. Libro 17: El reverso del psicoanálisis, 1969-1970*. Paidós.
- Lacan, J. (2006). *El seminario. Libro 8: La transferencia, 1960-1961*. Paidós.

Lacan, J. (2012). Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela. En *Otros escritos* (pp. 261-277). Paidós. (Trabajo original publicado en 1969).

Peskin, L. (2004). *Los orígenes del sujeto y su lugar en la clínica psicoanalítica*. Paidós.

Peskin, L. (2015). *La realidad, el sujeto y el objeto*. Paidós.

Peskin, L. (2024). *La consulta psicoanalítica: ¿Cuándo, por qué y para qué consultar?* Letra Viva.